

## Don Quijote y la Constitución española

¿QUIÉN al leer el Quijote no se propone hacer sus propias reflexiones, como hace Unamuno en su obra: Vida de Don Quijote y Sancho? No hay duda que Cervantes dio un significado simbólico a sus personajes, por ejemplo, cuando pone a Don Quijote y Sancho camino de Barcelona, y allí les prepara la retirada y la inmediata muerte, ya preveía y dibujaba la muerte de los ideales de España en Cataluña. ¿Quién es Don Quijote más que ese espíritu de la nación española, reflejado en su Constitución? ¿Y para qué va a Barcelona?

Cuenta Cide Hamete Benengeli, por medio de las letras de Cervantes, que Don Quijote abandonando a los duques, continuó camino de Barcelona, y haciendo un alto en el camino paró en un soto para descansar. «Ya, en esto, amanecía y si los muertos les habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuvieren quedos y se detuviesen, hasta que llegase su capitán. Hallóse Don Quijote a pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada a un árbol, y, finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos e inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura» (2ª, cap. LX). Como ha quedado nuestra Constitución con la llegada de los socialistas al poder. Vino, por fin, el capitán Roque Guinart, que se presentó más compasivo que riguroso. Vio la melancólica figura de Don Quijote y le animó. Allí conoció Don Quijote la concertada república de los bandoleros, y pretendió persuadir con buenas palabras, sin obligar por la fuerza, a Roque Guinart a que se hiciera caballero andante, en lo que no tuvo mucho éxito.

Sirvió el encuentro para que el caballero admirase la vida del caballeroso bandolero, la equidad con que se repartían los despojos del robo y su generosidad con los viandantes (Unamuno p. 186). Ya en aquellos tiempos de la publicación del Quijote, presentía Cervantes lo que iba a suceder en la historia de Cataluña unos cuarenta años más tarde. En 1640 cundió la anarquía en Cataluña, los segadores, con su hoz en la mano, la emprendieron contra los funcionarios reales, y llegaron a dar muerte al virrey en la playa. Pau Claris, clérigo significativo de la revolución, proclamó una república sui generis, bajo la protección de Francia. Eso de una república independiente adherida no le gustó nada a Richelieu, por lo que vinieron a reconocer a Luis XIII como soberano. Siguieron movimientos similares en Aragón y Andalucía, sin resultados, aunque el duque de Medina-Sidonia, soñó crear un reino andaluz independiente, pero no le respondieron sus posibles súbditos. Y como los hechos se repiten, algo similar puede suceder ahora al Gobierno socialista de Chaves. Los catalanes salieron trasquilados de la dominación francesa, y habiendo aflorado las disensiones entre ellos, el Gobierno español aprovechó la ocasión y puso cerco a Cataluña, que se entregó en 1652. El Rey concedió la amnistía y juró respetar sus fueros. Dato para no perder en los derechos históricos, pues aun se conserva el himno de aquellos segadores.

Siguiendo con nuestra historia, «por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona» (2ª, c. LXI), a cuya plaza llegaron a la noche, víspera de San Juan. Allí se despidió Roque Guinart, dejando diez escudos a Sancho. Se encontró Don Quijote con la ciudad Condal: «archivo de cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y un sitio de belleza, única» (2ª, c. LXXII). Al rayar del día apareció el mar a sus ojos, que se le antojó espacioso y largo, vio galeras y se encontró de fiesta. Pero junto con esta contemplación llegó la burla ciudadana de los amigos de Roque Guinart. Allí se encontró con toda clase de risas y mofas, y le hicieron pasearse por la ciudad convertido en curiosidad ciudadana, y no faltó un castellano que le llamara loco y le reprendiera su locura.

En Barcelona dieron fin las andanzas del Caballero de la Triste Figura, y han dado las de nuestra Constitución, pues los ideales suelen marcharse juntos. Allí en la playa fue vencido por el Caballero de la Blanca Luna. Hízose éste el encontradizo, le buscó querella de amores, y le venció derrumbándole en plena arena. Y la exigencia fue, retirarse a su pueblo a lamentarse de la pobre situación en que quedaba, y nuestro Caballero en una última despedida, «como si hablara desde dentro de una tumba con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad» (2ª, c. LXIV). Y así vino a caer Don Quijote, igual que nuestra Constitución, ante las bromas y los enrevesados recovecos de la política catalana.

Pero no fueron Catalanes los que abatieron a Don Quijote, y ahora destruyen la Constitución, sino castellanos. En el caso de Don Quijote, el ideal de España, cayó bajo la lanza de Sansón Carrasco, bachiller por Salamanca buscador de la fama, que creyó conseguir hundiendo los ideales de Don Quijote. Y en el caso de la Constitución otro castellano, ha venido a dar muerte a la Constitución en la arena del Estatuto de Cataluña. Por tanto no fue vencida la Constitución española por los catalanes, sino por un castellano, licenciado por León, José Luis Rodríguez Zapatero, buscando el título de pacificador universal.